luego de rodar de prenuncio en prenuncio, lograra lo que era ahora: un devenir simple de la realidad"; "... su severidad se fue desmoronando hasta cejar frente a la porfía de Simón y hacer de su cuarto un oasis abierto en la esterilidad de sus acciones".

Predomina, por lo tanto, el concepto sobre la metáfora, el decir del pensador frente a la palabra poética, la razón ante la revelación. Gana la rigurosidad filosófica, su precisión de lenguaje técnico. Basta con revisar los relatos para presenciar las expresiones exigentes, las frases contenidas, la coherencia lógica de los conceptos que habitan dentro de la narración. La claridad discursiva se impone a la claridad intuitiva o estética.

Aunque el lector puede sospechar lo que intentaba el autor: conciliar la expresión de origen filosófico con un modo de decir poético, superar la distancia entre la vida y la oscura teoría para mirar al mundo desde un punto de vista individual, o a partir de la intimidad exponer unos conceptos para alcanzar la complicidad del lector, su alianza. Sin embargo, las ideas y los conceptos no adoptan el tono de riesgo y de aventura personal del escritor-narrador.

Para el filósofo o para el historiador de la filosofía que pretenda hacer literatura, el arte debería entenderse como una metafísica donde el hombre se atreve al riesgo, a la contingencia, al peligro de la palabra, a las consecuencias de su azar o casualidad, por encima de la pretendida razón lógica y que ojalá reconciliara la profundidad filosófica con la metáfora literaria, fundiendo la búsqueda del sentido y la calidad estética de la expresión.

Pero todo lo anterior es referente a los relatos de *Intersticios*, mas no a sus cuentos ya mencionados: *Réquiem para Andrés* y *Los sueños de Cristobalina*, composiciones que se alejan de los textos acompañantes, a los monólogos de los cuales nos hemos ocupado. En estas dos creaciones vemos la pretensión de consolidar un mundo singular, auténtico, sensible, poblado de personajes cercanos al lector, únicos, llenos de pasión. Hay que ver cómo la música humaniza la obra de *Réquiem para Andrés* y se opone a la muerte a través de Felipe, el saxofonista, quien en medio de una atmósfera altamente poética hace renacer la esperanza y la alegría. Del cuento señalado elegimos un fragmento como muestra:

> *Samuel no sabe tocar saxofón, pero igual, inflando los carrillos, lo sopló y sacó un ruido tan lamentable que soltamos la carcajada mientras veíamos cómo Felipe ladeaba la cabeza, cómo se alzaba y recibía ese saxofón, y cómo, sin decir una palabra ni pensar que podía hacer posible que el miedo fuera menos miedo y que el odio se permitiera una tregua, intentaba astillarle las primeras notas abriéndose paso y avanzando hasta encontrar la calle principal, perdiéndose luego por el camino de los potreros. Samuel rió con nosotros. Luego regresamos al bar.*

Los personajes son vivos, como los del cuento *Los sueños de Cristobalina*, ya que la acción onírica se entremezcla con la primera realidad, forjando un universo creíble y fantástico a la vez, desafiante del tiempo. Allí, en su interior autónomo, encontraremos nociones, ideas, juicios, concepciones, pero ya tamizadas por la fuerza de la imaginación y transformadas gracias a la labor de la ficción narradora.

Son historias dinámicas, colmadas de conflicto y de tensión, cargadas de elementos significativos, necesarios en la trama.

Entonces la vida toma ribetes de exaltación y de crisis. Hallamos recreación, densidad, concentración, realce humano que sobrepasa al autor, pues, a diferencia de sus monólogos, los personajes existen y no son pretextos o figuras para expandir opiniones o excluyentes preocupaciones intelectuales. Todo lo contrario: son instaurados como gestos vivientes, provistos de una voz, un escenario propio. Sólo en aquellas dos historias el autor "describe el miedo internalizado y crónico de sus personajes; la soledad y el nivel de angustia frente a la existencia humana; el amor trágico; el silencio ante lo siniestro, lo ominoso y hostil de la violencia que conduce a perder los límites entre la realidad y la fantasía".

Alrededor de lo anterior sí hay "un festín de la palabra" y "una transparente e impalpable trenza de hilos reales y fantásticos de donde emerge la conciencia individual y colectiva", tal como reza la nota editorial.

Lo que no descubrimos, pues no se vislumbra por ningún rincón del libro, es la anunciada "interpretación de la sabiduría popular", la vivencia regional o la supuesta "recreación a la incansable capacidad del pueblo de estirarle el cuerpo al lenguaje y hacer con éste las más insólitas combinaciones que enseñan porque deslumbran".

GABRIEL ARTURO CASTRO

En el mar las cucarachas se matan con la mano

Bitácora del dragón
Cristian Valencia
Editorial Planeta, Bogotá, 2003,
239 págs.

Nacido en 1963, el samario Cristian Valencia, periodista y escritor, tiene en su haber un par de novelas, así como varios premios literarios.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Pocas veces nos encontramos en nuestro medio con novelas sobre aventuras marinas. Incluso los más recalcitrantes autores costeños rara vez se sumergen a escribir en las ondas del océano. Se dice que el costeño respeta tanto el mar que prefiere no meterse en él ni con él. Por eso los que se suelen ahogar, porque desconocen los mecanismos de las mareas o de los mares de leva, son los cachacos. La literatura marina pareciera haberse agotado en el siglo XIX, con los grandes descubrimientos. Y hoy en día cosas como *El viejo y el mar*, *El relato de un náufrago* o *El hombre de Talará* de Arturo Echeverry Mejía, aparecen como rarezas. Y encontrarse de pronto a boca de jarro con una epopeya marina de la estirpe de la Odisea causa un poco de extrañeza. Se trata de una epopeya, de una aventura épica, pero tal como debe resultar pasada por el cedazo del trópico, de la pobreza, de la indiferencia y del calor sofocante que conduce a la inacción. *Bitácora del dragón* es el mundo de Conrad y de Stevenson, pero en Colombia y en los albores del siglo XXI. Y como tal resulta una aventura irrisoria, una aventura venida a menos. Es una epopeya de pacotilla, subdesarrollada, risible. Todo, todo aquí está abocado al fracaso, como en un poema de Álvaro Mutis, a quien, desde luego, en estas páginas se rinden varios homenajes, como guiños de ojo al lector cómplice.

Ahora bien: como advierte la primera frase del libro, son las historias de amor las que mueven el mundo, de eso no me cabe la menor duda. Aunque se trate de un amor que se deshace y que sea el único amor real que recorre estas páginas, como no sea el amor que sienten algunos por una ruina herrumbrosa que se llamará Dragón, un velero vetusto que se verá sometido a una serie de aventuras que, no por ridículas, son menos reveladoras de lo que es nuestro país o, mejor, de lo que es el tercer mundo en sus regiones de calor infernal...

El Dragón hacía recorridos turísticos por las Antillas Menores cuando estaba en buenas condiciones hasta que el huracán Hugo, en 1993, "lo dejara como una tina de acero que iría a parar al desguazadero de Miami donde Mauricio lo encontró". Luego, es un vejestorio que adolece de "lepra en el intestino grueso. A un lado, sobre unas endebles tablitas de madera, una batería de bornes sulfatados parecía regodearse de su mal estado. A esa batería la vida ya no le importaba, había perdido su dignidad muchos años atrás". El piso del baño no puede estar más podrido: "uno sabía que aquello era un caldo de cultivo perfecto para los peores hongos de los pies". Por si fuera poco, a la hora de las refacciones, el Dragón se come en un par de horas el presupuesto para arreglos de un mes.

El hecho es que tras muchas peripecias irrisorias, por allá hacia la página 180 los aventureros logran zarpar en serio; la patética nave consigue levar anclas y se inicia una ridícula aventura que los habrá de conducir al archipiélago de las Mulatas. "Encendió de inmediato, como lo haría la licuadora de una abuela".

"El *Dragón* rompía las tranquilas aguas de la bahía con delicadeza. Era un seductor experimentado que susurraba al oído del agua palabras de amor, mientras, con suavidad, le abría las piernas. Y el movimiento tenía una cadencia como de negra palenquera, caminando con una fuente de frutas en la cabeza".

Los personajes, fuera del barco, forman un heterogéneo equipaje para una nave, pero representativo de las no menos heterogéneas gentes de este país, como cuando dice: "El capi perdió la compostura, nos apartó y comenzó a intentarlo, como si su conocimiento del mar lo hiciera pasar de algunas leyes físicas".

Los mismos apodos de los participantes son un muestrario de esa heterogeneidad: "Crocodile Dundee" o "los ahorramás" añaden toques de humor, así como el inglés que resulta siendo argentino o las figuras de Nick y Dominique (un juego de palabras): "La miraba como sir Lancelot, con nobleza, pero haciendo lo posible para esconder sus colmillos de lobo".

No sólo Camilo sino todos los personajes atraviesan por un estado que podría definirse como apatía: "Era algo más profundo y oscuro, quizás un estado cioranesco, el nihilismo de final de siglo sumado a ser un pintor en medio de un país que se deshace en una guerra centenaria...".

¿Cómo, entonces, forjar una odisea? Bastan las ganas. "Puede estar vuelto mierda, Cristian, pero las posibilidades de un barco son infinitas". De diversos modos, a fuerza de voluntad, se arma una tripulación en Colombia, se arma un grupo: "Éramos un pintor, un abogado, una antropóloga escritora, una publicista cocinera y yo, un proyecto de escritor despechado".

Lo que me gusta de este libro es el tono personal, absolutamente original, del autor. Además, por supuesto, es una lectura agradable. Es posible que la épica criolla no descuelle ni tenga el brillo que quisieran algunos lectores. Pero, mejor que eso, hay una voz propia que se escucha a todo lo largo de la novela.

El lector puede pensar que nada ocurre aquí o que lo que ocurre, por tratarse del eterno fracaso nuestro, no merece la pena ser narrado. Pero

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

sí lo merece. Por una parte, impresiona el conocimiento del lenguaje marino que tiene Valencia. Por otro lado, impresiona su penetración humana ("En el fondo de su alma se sentía sin piso, con ganas de una salida de emergencia, como todos nosotros"), su agudeza para describir, por ejemplo, las intrincadas relaciones de pareja. El viaje a Cartagena ofrece al autor la oportunidad casi periodística de hacer una serie de anotaciones sociológicas al margen: "Aquello de no levantarse de la silla hasta que el avión se haya detenido, en este país se pasa por la faja paladinamente". O bien: "La palabra ajá siempre ha sido un comodín difícil de manejar. Se usa en distintas situaciones y siempre significa una cosa diferente". Así va desgranando sus reflexiones de narrador omnisciente y omnisapiente y va cantando, como un cronista de Indias, las maravillas que van pasando frente a sus ojos y su boca: "Creo que la existencia del níspero pone a prueba la bíblica historia de Adán y Eva. Al menos hace quedar al pobre Adán como un hombre sin paladar, despapilado. ¿Dejarse tentar con una manzana? Absurdo. Lo creería más si Eva hubiera llegado con un níspero, un zapote, un mango costeño, una piña, alguna fruta con personalidad y carácter. Por eso pienso que, definitivamente, el paraíso queda en algún lugar lejos del trópico. Y no quiero hablar de Blancanieves. Hagan sus reflexiones".

Compartimos con estos náufragos de la vida el drama trivial de que, por ejemplo, se termine el café en alta mar. Supongo que será como cuando se termina la seda dental en medio de la selva. Compartimos sus reflexiones, no por evidentes menos llenas de sabiduría: "No entiendo por qué se llama Tierra, si la mayor parte del planeta es agua. Debería llamarse Agua". O bien sus descripciones certeras: "Bazurto es una cosa de locos. Seguro que cuando Dios pensó en hacer el mundo tenía un caldo de cultivo como Bazurto, así de caótico, sin saber por dónde comenzar". Y así se va el libro, con la descripción de un restaurante isleño hacia el final, con sus paredes color blanco-mugre y su bombillo colgante que se enciende con un benjamín y su silla de madera de iglesia pobre, que se compagina con un lenguaje coloquial que añade frescura en medio de tanto bochorno: "Así no se puede... rrdá"... "pero ajá".

La existencia de las cucarachas desempeña un papel psicológico importante. Por ahí anota que espichar cucarachas desestresa y que los psiquiatras de Nueva York deberían enterarse de esto. Por eso es que tal vez el episodio final nos regala la mayor enseñanza para cualquier aspirante a marino: que en el mar las cucarachas se matan con la mano.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

El dominio del oficio de la escritura

El álbum de Mónica Pont
Octavio Escobar Giraldo
Fundación Tierra de Promisión, Ibagué, 2003, 96 págs.

La presente obra fue declarada ganadora de la VIII Bienal Nacional de Novela José Eustasio Rivera, un certamen que se convoca en la ciudad de Neiva desde 1982 y en el que han sido laureados importantes escritores como Marco Tulio Aguilera, Juan Carlos Rubiano y Alberto Duque López, entre otros.

El jurado consideró que la novela tiene altas calidades, dado que "un narrador participante se adentra en la historiografía y desciframiento de los escritos de un colombiano residenciado en España. Construida con buena textura narrativa y como especie de Caja de Pandora, la narración tiene una estructura que el lector visualiza en múltiples narratorios".

El álbum se piensa como la colección de unas fotografías o secuencias no lineales que rompen la historia, pues son acontecimientos aparentemente sueltos. Las citas constantes del álbum se tornan variaciones, divertimentos, anuncios fracturados, imágenes incompletas, similares a las de la televisión. Es como si el narrador ofreciera una serie de intentos espasmódicos e intermitentes para contar la historia, la cual, sin embargo, posee una coherencia interior. El narrador reconstruye un texto que incluye las sentencias del álbum de Mónica Pont, un libro escrito por Leonel Orozco, tomadas éstas de distintas páginas, de manera desordenada, sin un criterio definible. De dicho manuscrito se explica su origen, "las circunstancias que llevaron a Leonel Orozco a escribir el texto del que me nombró depositario". Supuestamente la novela funciona como un prólogo a la segunda edición de un libro concebido desde la ficción. Se dice que la primera impresión fue realizada en España, que la crítica lo acogió de la mejor manera.

Nos cuenta el narrador de la aceptación de la propia Mónica Pont, quien tomó el libro como un homenaje y admitía que su rostro apareciera en la carátula: "La generosidad de una mujer tan hermosa me convenció de que esta confesión o este testimonio, todavía no sé bien como calificarlo, caló honda en la sociedad española y acometí sin vacilaciones

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.